

Domingo XVIII tiempo ordinario (B)
Homilía del P. Joan M. Mayol, rector del Santuari de Santa Maria de Montserrat
5 agosto de 2018
Jn 6, 24-35; 2 P 1, 16-19

Las palabras de Jesús dirigidas a la gente de su tiempo, hoy, convertidas en evangelio, se dirigen a todo el mundo; van dirigidas al corazón de los que, creyendo o no, conservando una dimensión intransferible de la propia existencia humana, mantienen esa interioridad que no cesa de sorprenderse y de preguntarse por el misterio de la vida y del mundo.

En el evangelio, el creyente encuentra un alimento sólido. La palabra de Jesús le hace vivir despierto, es como un pan que siempre apetece, siempre alimenta y sacia siempre con ganas de volver de nuevo. Quien afirma no creer, pero no niega que reflexione, que se pregunte en su interior un montón de cosas importantes, es igualmente invitado a poner frente a frente su calidad de vida con la calidad de vida que ofrece el pan de vida que es la palabra de Jesús. Hoy nos habla de hambre y sed de autenticidad, de verdad, de honradez; y ¿no tiene de esto necesidad toda la sociedad cansada de tantas promesas vanas, enredos y fraudes de todo tipo? La última afirmación alegórica de Jesús en el fragmento del evangelio de hoy, va en este sentido. *Yo soy el pan de vida, el que venga a mí no tendrá hambre, el que cree en mí no tendrá nunca sed.* Nadie que se haya tomado en serio estas palabras de Jesús ha quedado defraudado. Si lo intentáis de verdad no digo que no hablamos otro día, con más calma para compartir lo que de bueno puede llegar a poner en marcha dentro de nosotros esta palabra de Jesús.

Y a los que nos confesamos creyentes, ¿que nos dice Jesús con palabras de hoy? De las frases del evangelio traduzco dinámicamente sólo la punta: la primera, referente al valor de los milagros por los que buscamos a menudo a Jesús, nos viene a decir: "Os señalo el cielo y os quedáis mirándome el dedo, me buskais más para contratar un seguro de vida que para encontrar su sentido ". Y en cuanto a las prioridades en la vida: "Si pusierais el mismo empeño por las cosas del espíritu que el que poneis por las cosas humanas otro ánimo os sostendría."

El evangelio nos viene a decir que a veces perseguimos de tal manera las seguridades que nos encogen más que nos ayudan a crecer, nos dificultan la evolución de la aceptación creativa de la vida y de la fe. El evangelio nos propone pasar de espectadores de la vida de Jesús a protagonistas de nuestra vida con Él, para que la Buena Nueva continúe presente también hoy en medio de las dificultades y las oportunidades del mundo de hoy día. No encontraremos en los milagros de los otros la certeza de nuestra fe, la experimentaremos presente, esta certeza, en las acciones de Dios que Jesús haga a través nuestro. Porque la certeza de la fe no es seguridad sino

empuje. Tenemos el peligro de perder el sueño tras las seguridades humanas y atrincherarnos en nuestro pequeño confort olvidándonos así de la exigencia del sueño de cambiar el mundo de nuestro alrededor, de aportarle de nosotros mismos una renovada calidad humana y espiritual. No podemos dejar solos a los jóvenes en esta tarea. El cambio siempre viene de la gente honrada, de las personas que se toman en serio el oficio de vivir. Como nos recuerda el Papa Francisco: para cambiar el mundo no hay otro remedio: hay que ser santo!

He conocido santos que no eran de misa diaria y han sido santos, hombres y mujeres enteros, de una pieza; pero no he visto ninguno que sea de telenovela diaria y nada más. ¿Por qué digo esto? Porque la manera de vivir el tiempo es importante. El tiempo del cristiano está como dividido en dos momentos: orar y amar, por lo que un tiempo alimenta al otro y ambos dan calidad evangélica a la convivencia de cada día. Si pusiéramos el mismo afán por las cosas del espíritu que lo que ponemos por las cosas humanas otro mundo tendríamos, ¿no os parece?

Jesús no ha venido al mundo a ser contemplado como una estrella de cine por sus fans, ha venido a compartir con nosotros el fuego de la vida de Dios. No podemos vivir la eucaristía como aquellos comidas que se acaban con la siesta y "a vivir que son dos días", el pan que recibimos en la misa es para renovar nuestro espíritu y nuestra manera de vivir encaminada toda ella a ser, como dice el apóstol, justa, buena y santa de verdad; justa a semejanza de Jesús, buena en tanto que hace crecer el bien que hay en nosotros, y santa de verdad en tanto que, purificándose de sus propios defectos, se acerca a la semejanza de Dios.

La Eucaristía es el gran don de Dios por el que somos invitados a participar de su Espíritu. El pan del cielo, como el maná en el desierto, es el don de Dios ofrecido en el camino de la vida para que, fortalecidos con el vigor de este alimento, podamos llegar al término de nuestra peregrinación. La eucaristía nos reconforta, nos consuela, nos infunde alegría y esperanza pero no nos enajena de los problemas del mundo del cual formamos parte, todo lo contrario, nos invita a anticipar en él este Reino de Dios que pedimos cada día en el Padrenuestro, y que debemos hacer presente con las acciones concretas que están a nuestro alcance. La fiesta cristiana del domingo nos alienta a trabajar en este sentido con más acierto y generosidad.

Montserrat, 5 de agosto de 2018